

Tema 5. El concepto de bien en la historia de la filosofía (de la Antigüedad al Renacimiento)

1. El origen de la reflexión sobre el bien.

Para comprender en su totalidad la reflexión que estamos realizando sobre la ética y la moral debemos analizar dónde nace el debate en torno a conceptos como la justicia, lo bueno o lo correcto. Para ello, como tantas otras veces, debemos retroceder a la Antigua Grecia, en concreto a la Atenas democrática. En el siglo V. a.C la democracia ateniense alcanzó su máximo esplendor, aunque sufrió momentos de crisis, como el breve pero despótico gobierno de los Treinta Tiranos. Tras este paréntesis la democracia fue restablecida y aquellos que mejor manejaban el arte de la oratoria y la retórica tenían más fácil el triunfar en el ámbito de la política.

Este fue el tiempo de los sofistas, maestros en la oratoria que instruían a sus pupilos (a cambio de unas monedas) en el arte de convencer. Para ellos no existía un ideal absoluto de justicia o virtud, dependía de cada individuo, y se imponía aquella perspectiva más convincente, la cual era abrazada por la mayoría. A estos se enfrentó Sócrates, el cual negaba que pudiesen coexistir distintas verdades sobre la justicia o la virtud. Solo podía existir una, de carácter universal y común a todos los hombres, la pregunta era cómo llegar a ella.

Sócrates identificaba a la virtud con el conocimiento (perspectiva clave de los pensadores griegos y que pasó a conocerse como **intelectualismo ético**), así, aquellas personas que obraban mal e injustamente no lo hacían de manera voluntaria, sino porque no conocían lo que era justo, bueno o virtuoso. De esta forma no podemos separar la ética socrática de su reflexión sobre el conocimiento.

Frente al relativismo sofista Sócrates se alzaría como el defensor de la búsqueda de un **conocimiento universal; de la verdad absoluta**. Su método era de carácter **inductivo**, es decir, partía una serie de casos particulares para abstraer las características comunes y así elaborar la definición de las mismas; o en otras palabras: abstraer lo común de un conjunto de casos empíricos y reunirlo en un concepto. Como buscador de la verdad podemos resumir su doctrina en las siguientes convicciones:

- *La riqueza, el poder o la fama no son nada en comparación con el bienestar de la*

propia alma.

- *No merece la pena vivir una vida irreflexiva, porque el buen estado del alma depende del conocimiento, especialmente del autoconocimiento.*
- *Sufrir cualquier injuria era mejor que cometer alguna, porque el mal obrar dañaba el alma.*

De aquí podemos extraer las principales características de su pensamiento filosófico:

- **Reivindicación de la conciencia individual frente a los prejuicios o ideas socialmente compartidas:** Sócrates afirmaba que cada uno de nosotros nos movemos hacia el conocimiento de la verdad universal gracias a un *daímon* o espíritu interior. Este sería equivalente a la voz de nuestra conciencia, que nos permite permanecer independientes, siguiendo nuestro propio criterio, independientemente de lo que digan los demás. Para Sócrates será la parte divina del ser humano.
- **Búsqueda de definiciones universales:** frente al relativismo y el convencionalismo de los sofistas Sócrates defenderá la existencia de un única verdad, común para todos; no puede existir una para cada uno de los individuos. Esto influiría notablemente a Platón a la hora de elaborar la teoría de las ideas.
- **La ética intelectualista:** solo una vida en la que se reflexiona constantemente, es decir, que se examina y se somete a autocrítica, es digna de ser vivida. La virtud es una forma de conocimiento, necesitamos de la prudencia para poder llevar a cabo esta constante “autoreflexión”. El **saber y la virtud** coinciden: el que conoce lo recto, actuará con rectitud, y sólo por ignorancia se hace el mal (“nadie hace el mal a sabiendas”). La virtud (*areté*), lo óptimo, debe fundarse en el conocimiento. Esta virtud puede enseñarse, idea que lo alejará de los sofistas para los cuales la educación estaba encaminada al éxito y las cosas prácticas, no a alcanzar una vida virtuosa y feliz.
- **El método socrático-dialógico:** consiste en la búsqueda del conocimiento a través de preguntas que guían al individuo hacia el descubrimiento de la verdad. La función del maestro no es transmitir conocimientos, sino orientar y guiar al discípulo: solo él puede llegar a las verdades que busca. El alumno adopta una

actitud activa en el proceso de conocimiento, no meramente receptiva-pasiva. Encontramos, de nuevo, un punto de vista opuesto al de los sofistas, los cuales trataban al saber como un objeto con el que mercadear.

Podemos distinguir dos fases dentro de la dialéctica socrática:

- **La ironía:** el arte de hacer preguntas que hagan descubrir a nuestro interlocutor su propia ignorancia, llegando a admitir que no sabe nada sobre el tema en cuestión. La sabiduría socrática se basa en admitir la propia ignorancia (“solo sé que no sé nada”), para así poder iniciar el camino hacia la verdad.
- **Mayéutica:** obstetricia, arte de la comadrona, por alusión al oficio de su madre. Es la técnica por la que el discípulo descubre la verdad por si mismo con la ayuda y orientación de su maestro. Este último realiza una serie de preguntas que permite al discípulo llegar a descubrir la verdad que reside en sí mismo. Consiste en despertar (“dar a luz”) los conocimientos (“conceptos”) verdaderos que el alma lleva grabado en su seno; ayudar a nacer lo que se encontraba oculto, tal y como hacen las matronas.

2. La culminación de la ética de la virtud en la Antigüedad: Aristóteles.

Todo lo que hacemos, lo hacemos para conseguir algo. ¿Para qué preparamos un examen? Para aprobarlo. Consideramos que conseguir ese fin es un bien para nosotros. Son muchos los fines que nos proponemos: para estar en forma, vamos al gimnasio; para divertirnos, salimos de fiesta; etc. Pero la mayoría estos fines no los perseguimos por sí mismos, sino que más bien los perseguimos para conseguir otros.

La mayoría de fines están subordinados a otros que consideramos más importantes, son medios para alcanzar otros. Algunos parecen fines últimos. Por ejemplo, vamos a una fiesta. Y, ¿para qué queremos divertirnos? Parece que ya no existe un para qué: simplemente, divirtiéndonos somos felices. **La felicidad será el fin último para Aristóteles.** Carece de sentido preguntarse por qué queremos ser felices. Pero esta felicidad, la que nos proporciona una fiesta, no es la auténtica, tan solo momentánea. La auténtica felicidad (*eudaimonía*) será el fin último, el bien supremo: quien es feliz ya no persigue ningún otro fin. Pero ¿en qué consiste la felicidad? Unos la identifican con la fama; otros con el placer; otros con la riqueza; etc. ¿Entonces, en qué consiste? Si el bien de cada cosa

es que lleve a cabo su fin de mejor manera (el bien de un cuchillo es que corte), la felicidad, para los seres humanos consistirá en cumplir bien su tarea: hacer “de ser humano” de la manera más excelente.

El ser humano realiza muchas funciones, vitales (como vivir y reproducirse) y otras sensitivas (ver, escuchar desear); pero ninguna de estas define lo “humano”, ya que también son propias de otros seres. Así, los seres humanos, ademas de todo esto, tienen una característica particular, propia y exclusiva: **piensan y toman decisiones. Esto es lo que nos diferencia de los animales y nos define como humanos. La función propiamente humana es la de actuar racionalmente, y el ser humano que haga esto de manera excelente (virtuosamente) será feliz.** Esta “excelencia” o **virtud** consiste en encontrar siempre *el justo término medio* entre dos extremos **según la razón**, extremos que son los vicios (uno por exceso y otro por defecto). Hay, por ejemplo, personas *cobardes* (vicio por defecto) y otras que actúan con *temeridad* (vicio por exceso). La virtud, en este caso, es la **valentía**, que consiste en saber que retos afrontar y en afrontarlos. Este término medio es lo que Aristóteles identifica con las **virtudes éticas**, las cuales adquirimos por **hábito, por costumbre; se adquieren por repetición de actos**. Cuando adquiero el hábito de decir la verdad, ya no cuesta ser sincero, y al revés. Esto aleja a la ética del estagirita del **intelectualismo ético** defendido por Sócrates y Platón, para los cuales la virtud era una forma de conocimiento. Así, aquellos que actúan mal lo hacen por ignorancia (no puedo ser justo si desconozco la idea de justicia). Para Aristóteles, a definir la virtud ética como procedente de un hábito o costumbre está introduciendo otras variables: la voluntad del individuo, etc.

Así, para Aristóteles, **las virtudes del alma sensitiva o apetitiva son las virtudes éticas, que tratan sobre el carácter, los hábitos, las pasiones y los deseos del individuo.** Por su parte, en el alma racional podemos distinguir dos facultades. La primera, dedicada al conocimiento teórico, tendría como virtudes principales la ciencia, el intelecto o la sabiduría. La segunda facultad sería la capacidad **deliberativa**, centrada en la rationalidad práctica, entre las que destaca la virtud de la **prudencia** (o inteligencia práctica). **Estas virtudes del alma racional son las que se denominan virtudes dianoéticas.** En relación con la filosofía moral de Aristóteles, la virtud dianoética de la **prudencia** es condición de las virtudes éticas y, a la vez, las virtudes éticas son necesarias para que la prudencia se

ejercite. Esta se define como **la disposición a actuar de forma racional, enjuiciando la conveniencia, necesidad o utilidad en los asuntos humanos y sociales**. Por encima de ella está la **sabiduría, que se ocupa de lo que “es en sí”, que va de las cosas particulares a lo universal y necesario, de aquello que no puede ser modificado por los seres humanos**. Frente a esto solo nos queda la **pura contemplación**, actividad que para Aristóteles es lo más elevado a lo que puede aspirar el ser humano, sinónimo de la felicidad plena.

El cultivo del saber teórico, la contemplación y búsqueda de la verdad, es la única actividad que, según Aristóteles, no se realiza como medio para ninguna otra cosa. Solo aquellos que tengan sus necesidades básicas cubiertas podrán dedicarse a esta actividad, es decir: **no se puede ser auténticamente feliz sin un mínimo de medios económicos (sin una existencia material garantizada)** y con la ayuda de otras circunstancias como, por ejemplo, la salud.

3. Las escuelas helenísticas: epicureísmo y estoicismo.

Con la llegada de Alejandro Magno al poder el sistema político griego basado en las ciudades-estado o *polis* llega a su fin. El mundo helénico se convierte en el centro de su imperio, el cual se extenderá hasta los confines del mundo conocido: más allá de Mesopotamia, llegando a las fronteras de lo que hoy en día es la India. El nuevo contexto político tendrá su eco en la filosofía helenística, especialmente en la ética. Los pensadores del momento se refugiarán en ellos mismos y buscarán alcanzar lo que se conoce como el **ideal del sabio**, es decir, la tranquilidad del alma, la cual no debe verse afectada por las pasiones ni por aquello que escapa a nuestro control. De entre las llamadas escuelas helenísticas destacaremos, para el tema que nos ocupa, las dos siguientes: el **epicureísmo y el escepticismo**.

- **Epicureísmo:** para los epicúreos el ser humano busca ser feliz, lo cual lo lleva a perseguir el **placer** y a **evitar** el dolor. No debemos considerar a la filosofía epicúrea como una búsqueda del placer sin más, pues este se identifica, precisamente, con la ausencia del dolor. Podemos renunciar a un placer inmediato si este nos va a causar un gran sufrimiento, y al revés, podemos aceptar el dolor y el

sufrimiento si esto nos conduce a una situación más placentera. Por *aponía* los epicúreos entienden al estado del cuerpo libre de todo dolor; por *ataraxia* al estado anímico en el que nada altera ni angustia al hombre. El **sabio** es el que sortea los dolores que pueden evitarse y encaja los inevitables. No vive angustiado por los males presentes o futuros.

- **Estoicismo:** para los estoicos el cosmos está regido por una razón o *logos* universal. Todo lo que acontece está determinado, por lo que carece de sentido angustiarse si el destino nos depara fortunas o desgracias. Ser libre significa, para los estoicos, comprender esa razón que determina los hechos del universo y aceptarla. Esto es, precisamente, lo que conducirá al hombre sabio a la felicidad. La *apatía* expresa la impasibilidad del sabio, el aceptar el devenir y lo que el destino le tiene reservado.

4. El bien para los filósofos medievales: Agustín de Hipona y Tomás de Aquino

En la obra de Agustín de Hipona podemos observar una síntesis entre fe y razón, la segunda, para llegar al conocimiento de las ideas (verdades universales) necesita de la fe, de la iluminación divina, pues dichas ideas se encuentran en la mente de Dios. Este último crea al hombre, dotando a su alma de diversas facultades, entre la que podemos destacar (para el tema que nos ocupa) la **voluntad**. El mal, dice Agustín, no puede ser obra de Dios, omnípotente y bondadoso, por lo que aquello a lo que llamamos mal no es más que el fruto del mal uso que los hombres hacen de la voluntad con la que Dios los ha creado. A esto es a lo que se conoce por **libre arbitrio**: Dios nos da la capacidad de elegir el orientarnos a conocerlo o amarlo o, al contrario, escoger el camino en el que nos ponemos a nosotros mismos por encima de lo divino.

Tomás de Aquino, otro de los grandes nombres de la filosofía medieval y considerado como el máximo representante del pensamiento escolástico, comparte con Aristóteles la tesis de que, gracias a nuestra alma racional los seres humanos somos capaces de conocer, utilizando nuestro entendimiento, a través de un proceso de abstracción. Para Tomás, entre las cosas que podemos llegar a comprender se encuentran los conceptos morales. El ser humano puede descubrir estos preceptos a través de la razón. Igual que Aristóteles, Tomás pensaba que todo ser tiende naturalmente a su perfección. En esto es en lo que consiste la finalidad de cada ser: la realización de su esencia propia. En el caso del

hombre, dada su naturaleza, su finalidad última, la felicidad, consisten en la **contemplación de lo divino**.

Cabe mencionar, por último, a Guillermo de Ockham, cuyo voluntarismo divino considerará al bien y a otros conceptos morales como contingentes: Dios podría haber creado un mundo donde odiarlo fuese “bueno”, por lo que nada puede considerarse como universal.

5. El realismo político de Maquiavelo, el filósofo del Renacimiento.

Durante el Renacimiento el teocentrismo medieval comienza a ser substituido por el antropocentrismo y el humanismo que caracterizarán a la Edad Moderna. El idealismo clásico en lo que a la ética y a la política se refiere dejarán paso al realismo de uno de los grandes pensadores del momento: Nicolás Maquiavelo. Para el fiorentino, las esferas de la ética y la política están separadas, un gobernante puede comportarse en base a las virtudes cardinales y teologales, pero esto lo llevará, tarde o temprano, al fracaso. El príncipe virtuoso es el que es capaz de adaptarse a las circunstancias y así, depender lo menos posible de los caprichos de la fortuna. Para Maquiavelo la política es un instrumento, la técnica que un buen líder debe dominar para conquistar el poder del Estado y, lo que es más importante, para mantenerlo.